

# Ecós del naturalismo: la huella española en los personajes de *El polvo y el oro* de Julio Travieso (1993)

## *Impact of Naturalism: Traces of Spanish Identity in Julio Travieso's El polvo y el oro characters (1993)*

---

ÁNGEL ESTEBAN

Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Granada  
Campus de Cartuja s/n. 18071 Granada  
aesteban@ugr.es

RECIBIDO: 23 DE JULIO DE 2012  
ACEPTACIÓN DEFINITIVA: 7 DE FEBRERO DE 2013

YANNELYS APARICIO

The College of Humanities and Social Sciences  
Montclair State University  
1 Normal Ave. Montclair. nj 07043. EEUU  
aparicio12@aol.com

**Resumen:** La novela *El polvo y el oro* (1993) del cubano Julio Travieso (La Habana, 1940) se erige como una de las fundamentales del llamado "período especial" de los años noventa del siglo XX y la primera década del XXI. Construida como una novela "total", al estilo de las *boom* de los años sesenta, se aleja de la moda de final de siglo consistente en describir superficialmente la época de hambre y escasez, de lucha por la supervivencia y de escepticismo en la Cuba revolucionaria que agoniza. Es, más bien, una novela coral que entronca con la narración histórica contemporánea (Eco, Graves, Yourcenar) o *nueva novela histórica* y que posee numerosos ecos del naturalismo cubano de principio de siglo, que indagaba en la identidad cubana y hacía referencia constantemente a la huella que los españoles han dejado en la isla desde la llegada de Colón.

**Palabras clave:** Narrativa cubana. Naturalismo. Realismo mágico. Julio Travieso. Período especial. Nueva novela histórica.

**Abstract:** *El polvo y el oro* (1993), by Julio Travieso (La Habana, 1940), is one of the most important Cuban novels from the 90's. This decade was named "período especial" (special period), when The Soviet Regime disappeared. For this reason, the economic aid from the old urss to the Caribbean island ended. *El polvo y el oro* was written as a "totalizing novel", in a similar way to the novels of the *Latin American Boom*, from the sixties, and it is far beyond from other novels of its decade, dedicated to poverty, skepticism and the struggle for survival in a country with a political and economical dying system. Travieso's work is an historical narration, like other *new historical novels* written by authors such as Eco, Yourcenar and Graves, with a remarkable impact of Cuban Naturalism from the beginning of 20th Century. This narrative is focused in the Cuban Identity, that is determined by the influence of the Spanish civilization in this island since the discovery of America until 20th Century.

**Keywords:** Cuban Narrative. Naturalism. Magical Realism. Julio Travieso. Special Period. New Historical Novel.

El narrador cubano Julio Travieso, Premio de la Crítica en Cuba, Premio Mazatlán en México y finalista del Rómulo Gallegos en Venezuela por su obra *El polvo y el oro* (1993), fue, sin duda, uno de los grandes protagonistas del panorama literario de los años noventa en su país. Cuando la mayoría de los escritores del entorno hispánico y, en general, del mundo occidental, habían enterrado la novela total, Travieso sorprendió al continente latinoamericano con una obra que bien podría haber firmado cualquiera de los protagonistas del *boom* de los años sesenta, cuando los artefactos narrativos pretendían contar una realidad completa, aludir a una identidad territorial e histórica que pudiera ser sancionada y admitida por la comunidad cultural de occidente. En una carta de 1964, Carlos Fuentes aseguraba al joven Mario Vargas Llosa: “El futuro de la novela está en América Latina, donde todo está por decirse, por nombrarse y donde, por fortuna, la literatura surge de una necesidad y no de un arreglo comercial o de una imposición política, como tan a menudo sucede en otras partes” (Esteban/Gallego 20).

En los prolegómenos del *boom* o, más bien, cuando este empezaba a ser ya una realidad y solo Carlos Fuentes era consciente de ello, lo único que importaba a los narradores era comunicar, “decir”, “nombrar” ese espacio peculiar que comenzaba a despertarse y que necesitaba novelas totales para ser definido y para ser colocado en un lugar visible dentro del contexto de la cultura occidental. A partir de la mitad de la siguiente década, esta necesidad dejó de ser primordial, y el *posboom* se caracterizó fundamentalmente por la narración más bien breve, que relatara espacios de intimidad o vida cotidiana, alejados de las grandes preocupaciones políticas, sociales o identitarias, deudores de las historias particulares y casi banales. El título de un artículo de Antonio Skármeta de aquella época resume mejor que todo el texto posterior el objetivo fundamental de la narrativa del *posboom*: “Al fin y al cabo, es su propia vida la cosa más cercana que cada escritor tiene para echar mano” (Skármeta 72).

Por ello, una obra como la de Julio Travieso, fechada en 1993 y alejada de los presupuestos del *posboom*, supone una vuelta a la estética propia de los años sesenta, donde todo estaba “por decirse”, como si en Cuba, en los años noventa, hubiera que nombrar nuevamente las cosas. El período especial cubano, después de la caída del muro de Berlín, significó una vuelta a los orígenes, una urgencia, y provocó respuestas rápidas a la nueva situación. La URSS había sido el soporte económico del país, tal como los Estados Unidos lo habían sido los primeros cincuenta y ocho años del siglo XX, y Cuba se encontraba de nuevo sin padre. Lo alarmante, también lo más sencillo, es que la res-

puesta de los narradores y los intelectuales estuvo mucho más cerca de la sensibilidad del *posboom* que de la del *boom*. La mayoría de los escritores del momento se limitaron a relatar sus propias desdichas, su obsesión por tener resueltas, a diario, sus necesidades básicas. El ejemplo más claro es el de Pedro Juan Gutiérrez quien, con su *Trilogía sucia de La Habana* (1998), se dedicó a contar, por medio de breves escenas, la vida anodina, instintiva, escéptica, burlona y desesperada de un habanero desocupado y sin recursos. Julio Travieso fue uno de los pocos que no cayó en la tentación de contar lo obvio, como suele hacer la literatura de corte realista. Más bien al contrario, Travieso intentó modular un camino de ida, un nuevo camino de ida, que indagara en los orígenes de la desgracia del cubano, en los orígenes de una identidad viciada históricamente, para explicar, sin aludir explícitamente a los años noventa, lo que estaba pasando en las postrimerías del siglo XX. *El polvo y el oro* se sitúa en la línea de grandes novelas históricas como las de Eco, Graves, Yourcenar o Carpentier, pero escrita en un momento crucial para la vida de su país, cuando Cuba no tuvo más remedio que andar sola, sin el mecenazgo de ningún tipo de imperialismo. La acción de *El polvo y el oro* se sitúa en La Habana de finales del siglo XVIII, cuando un andaluz arriba a las costas de la capital para comenzar la explotación de una finca azucarera. Al estilo de *Cien años de soledad*, la novela cuenta los avatares de varias generaciones de la misma familia, los Valle,<sup>1</sup> hasta el mismo momento en que Fidel Castro llega al poder y el último de los vástagos, que no nació con cola de cerdo, muere, también acuciado por profecías multiseculares, fusilado por el líder de la revolución. Los elementos mágicos que rodean a la novela se entremezclan con la vida de los personajes de la saga de los Valle, y aparecen generalmente ligados a las creencias de los esclavos negros. Ellos padecen los vicios y los defectos de sus amos españoles o criollos, y por eso los maldicen acudiendo a las divinidades africanas. En este contexto, asistimos a dos secuelas de lo maravilloso que se entrelaza armónicamente con lo real: la transformación de algunos personajes, después de su muerte, en animales o insectos, que tratarán de que se cumplan las maldiciones sobre sus amos, y la formalización de las amenazas en forma de profecía que se lleva a cabo finalmente de modo inexorable. En las primeras páginas de la novela, una de las esclavas de los Valle habla con ikú, la diosa yoruba de la muerte, y narra ella misma la conversación:

*¿Por qué ikú no me sopló en los ojos para que también se abrieran y volver a casa? Varias veces se lo pedí, pero ella, sin responder, continuaba su camino, silen-*

*ciosa como el leopardo, lejana como el cielo. Tanto se lo pedí que una noche se detuvo y sin mirarme habló. Mucho faltaba aún para mi viaje final. Mientras, debía sufrir y soportar. Ah, sufrir y soportar. ¿Hasta cuándo?, pregunté. “Hasta que el aire humee y los tambores de metal suenen por todas partes”. (Travieso 30)<sup>2</sup>*

Ikú vaticina la muerte del último miembro de la familia Valle, en pleno siglo XX, que dará tranquilidad eterna a la esclava de Francisco, el gaditano emigrado a Cuba casi doscientos años antes, asegurando que será cuando el aire humee y los tambores de metal suenen por todas partes. Y eso es exactamente lo que ocurre cuando Javier, ese último Valle, que nunca tuvo descendencia, se enfrenta a un pelotón de fusilamiento:

*“¡Viva Cristo!”, quiso gritar, pero no pudo porque alguien dijo “fuego” y seis fusiles de grueso calibre dispararon balas de plomo y muerte. Una de ellas se incrustó, sin herirle, en el muro, otra le partió el hueso de la rodilla izquierda, dos perforaron el abdomen cerca del hígado, al que no dañaron, la sexta, después de entrar por el hombro, atravesó un pulmón, arrastrando consigo esquirlas de hueso, y fue a salir a la altura del omóplato, a través de un boquete por donde escapó una sangre muy oscura que salpicó el muro. En realidad, no sintió dolor por el impacto de aquellas balas porque la primera en llegar hasta él le había partido limpiamente el corazón. (Travieso 10)*

Una de las tesis más interesantes de la historia es la incidencia que tiene el pasado español en la configuración identitaria del insular. Esa incidencia no tiene nada que ver con los sucesos políticos o los grandes hechos históricos, con las decisiones de los gobernadores de la isla o de los altos funcionarios, sino más bien con la implantación de modos de ser de las personas corrientes de España que pasaban a vivir a la isla. Los vicios y defectos de los españoles se trasplantan a Cuba como las matas de los productos agrícolas. Por ello, la Cuba que aparece durante todo el siglo XIX y parte del XX se parece mucho a esa España de siempre que ha evitado el esfuerzo y el tesón, conformista, apasionada pero poco práctica, promiscua e inconstante. Y no solo serán los esclavos negros quienes pongan de manifiesto, con su odio hacia los amos, las atrocidades de los españoles. Constantemente circulan por la novela las diferencias de clase entre los mismos españoles y las mezquindades derivadas de esa configuración social, el abuso de poder, la corrupción legal y judicial, el odio,



la envidia, etc. Finalmente, hasta los propios españoles azuzarán el odio contra sí mismos, cuando se trate de contrapesar, en una misma balanza, dinero y abolengo. Los Valle eran una familia advenediza, que se había enriquecido en muy poco tiempo, pero que en España pertenecían a una clase más bien baja. Los Montero, sin embargo, eran un clan de la antigua clase alta española que llevaba siglos ejerciendo su poder o, al menos, manifestando su superioridad social, ligada a las prebendas de la sangre. Por eso, cuando Fernando Valle dice a su padre Francisco que está enamorado de Rosario Montero, el viejo se muestra escéptico. Fernando envía una carta a Rosario, que es respondida por ella mostrando su interés personal pero con la rotunda negativa de sus padres. Los condes de Montero, venidos a menos, casi arruinados, prefieren mantener el estado social a recibir una buena fortuna por el casamiento de su hija con un Valle. Un vicio muy español: disimular las estrecheces y la decadencia del apellido por el orgullo de clase, que impide la recuperación económica. O lo que es lo mismo, continuar arruinados y aparentar que no lo son, antes que dejarse engatusar y manchar por el dinero de unos plebeyos sin alcurnia ni sangre (Travieso 120).

Y en ese aspecto, la obra de Travieso conecta directamente, y sin muchos ejemplos intermedios, con la literatura de corte naturalista que triunfó en la isla a partir de la independencia, y que fue el modelo estético e ideológico más prolífico hasta los años treinta. Existe un “proyecto narrativo” en la isla, desde la independencia hasta la actualidad, que trata de identificar un sujeto nacional, como reconoce Gabriela Nouzeilles:

Las naciones son efectos de ficciones narrativas, relatos maestros que atribuyen a ciertas comunidades la continuidad de un sujeto. El carácter persuasivo de estos relatos hace que la formación de la nación se perciba como la realización necesaria de un proyecto que, a través de grandes períodos históricos, va automanifestando la “esencia nacional”. Esta representación se asienta en una ilusión doble: por un lado, la convicción de que las generaciones sucesivas que habitan un mismo territorio se han transmitido unas a las otras una substancia invariable, y por el otro, la ilusión de que el proceso de desarrollo, del cual los miembros actuales de la nación son su culminación, era el único posible. (Nouzeilles 11)

En este camino que ha durado todo el siglo, y que ha culminado en obras finiseculares como la de Travieso, han sido muchos los teóricos y novelistas que

han contribuido a crear una imagen de nacionalidad, ligada al pasado español. Jorge Ibarra, aludiendo a los comienzos del siglo veinte en la isla, se refería a dos modos de concebir lo cubano. Por un lado, el entorno político generaba un “optimismo oficial” inexistente, mientras que, en realidad, como muchos intelectuales y narradores manifestaban, “el cubano, de acuerdo con su concepción del mundo, era incapaz de alcanzar la libertad y ser dueño de su propio destino” (Ibarra 186-87). La cubana era una sociedad emancipada de España pero no verdaderamente independizada identitariamente con respecto a la metrópoli, por lo que resultaba imposible establecer con rigor un juicio certero acerca de sus valores y su idiosincrasia. Cuando terminó la guerra de independencia, en 1898, Cuba y Puerto Rico comenzaron una “invención moral de una identidad” (Rojas 30), algo que ocupó el centro del debate intelectual. Bajo el gobierno de Leonard Wood, antes de la misma constitución de la república, se organizaron muchas actividades alrededor de la idea del “carácter cubano”. Por ejemplo, Cristóbal de la Guardia criticó la idea de que el pueblo se estaba convirtiendo en filoanglosajón y se afianzó en la teoría de las raíces latinas como definidoras de lo cubano. Ahora bien, más adelante admitió que esas raíces tenían aspectos negativos, propios del origen étnico latino, como la pasión melancólica, el vicio del sufrimiento, la satisfacción de sentirse desgraciado o una tendencia imaginativa opuesta a la meditación (Rojas 31). Todas esas ideas fueron vertidas luego en su libro *De los vicios y defectos del criollo*, en el cual invitaba finalmente a las élites republicanas a formular antidotos o remedios contra los males cubanos, basados en la actuación contra la raza corrigiendo sus fallas sobre la base de métodos cívicos.

Siguiendo las pautas que marcó Rafael Rojas, puede decirse que todas estas ideas acerca de la teoría de la raza están más o menos repetidas en muchos autores de principio de siglo, ensayistas a los que él llama de “baja literatura”, es decir, autores de una relevancia relativa en el panorama intelectual cubano de esos años, y con una influencia menor en el espacio de las ideas cubanas. Ellos son Manuel Márquez Sterling, con *Alrededor de nuestra psicología* (1906), José Sixto Sola, con *El pesimismo cubano* (1913), Mario Guiral Moreno, con *Aspectos censurables del carácter cubano* (1914), y Enrique Gay Calvó, con *El cubano, avestruz del trópico: tentativa exegética de la imprevisión tradicional cubana* (1938). Por el contrario, los autores pertenecientes a lo que el crítico cubano llama “alta literatura”, como Enrique José Varona, Francisco Figueras, Roque E. Garrigó, José Antonio Ramos y Fernando Ortiz, mucho más relevantes que los anteriores por la profundidad y trascendencia de sus ensayos, no con-

cuerdan con ese “escepticismo controlado” de los primeros, ni con un cierto entusiasmo nativista que trata de contrarrestar la negatividad de una supuesta naturaleza. Más bien, estos últimos interpretan la cubana como una “metafísica nihilista de tradiciones y costumbres” (Rojas 32), lo que los aleja absolutamente de la moda arielista que los principales intelectuales de muchos países del continente estaban siguiendo, a raíz de la publicación de la obra del uruguayo Rodó en 1900, donde se señalaba la supremacía espiritual, poética e imaginativa de la cultura latina frente al utilitarismo anglosajón.

Si Varona ve en el nuevo modelo republicano la resurrección del monstruo que pensábamos domado, y la Cuba actual se identifica con la hermana gemela de la colonial, Figueras es mucho más claro, en su obra *Cuba y su evolución colonial* (1906), en la que habla de la isla como un nuevo país sin capacidad para ser una nación independiente, y señala una acumulación de más vicios que virtudes, porque es cierto que los cubanos son hospitalarios y generosos hasta el extremo, pero también poco dados al comercio o al ahorro, vanidosos, indolentes y desposeídos de una clara noción de la verdad, poco perseverantes en sus propósitos y poco consistentes en sus principios, tienen poca rectitud de intención y no son abnegados. Y achaca esos males a la mezcla de razas y culturas. La hibridez y la heterogeneidad étnicas de la isla es una condición desfavorable para el proyecto de civilización moderna que se acomete a principio del siglo XX (Rojas 33).

Por su parte, Roque E. Garrigó, en su libro *La convulsión cubana*, de 1906, defiende ideas parecidas basado en la obra por entonces recién publicada del argentino Carlos Octavio Bunge, *Nuestra América: ensayo de psicología individual y social*, de 1903, donde se adscribía a un positivismo que profundizaba en el darwinismo social propio de la época. Ahí explicaba el comportamiento de las sociedades latinoamericanas ante el proceso de modernización, con el aluvión inmigratorio y la convivencia de etnias y clases sociales diferentes. El biologismo de Bunge era aristocratizante, basado en las teorías de Wheeler para armonizar la propuesta de la evolución de las especies con el organicismo social, lo que podía dar pie a dudosas y peligrosas legitimaciones biológicas para los estados. Para Bunge, cada raza física es una raza psíquica y, en concreto, la raza hispánica es arrogante, indolente, carente de espíritu práctico, verbosa, sin decoro. Pero los indígenas son todavía peor, porque representan la resignación, la pasividad y la vagancia. Finalmente, los negros se identifican con la esclavitud y la debilidad (Bunge 20-35). Por eso, en definitiva, la conclusión a la que llega Garrigó a través de este planteamiento bun-

geniano es que, en Cuba, lo que hace falta es imitar el modelo anglosajón, si de verdad se desea alcanzar la modernización del país. Una argumentación parecida esgrime el también novelista y autor teatral José Antonio Ramos en su ensayo *Manual del perfecto fulanista* (1916), quien asegura que la presencia de los Estados Unidos desde el fin de la guerra es el mejor antídoto contra las malas costumbres latinas y africanas. Pero Bunge no había sido el primero en asumir las tesis darwinistas, ni sería el último. Ya Sarmiento había publicado en 1883 *Conflictos y armonías de las razas en América*, y José Ingenieros, siguiendo a Bunge, *Sociología argentina* (1910). Como señala Gabriela Nouzeilles, la culminación de este proceso, al menos por lo que respecta a Argentina, se produciría en los años treinta, en las obras de Lucas Ayarragaray, en las que, finalmente, se llega a la conclusión de que la raza española ha tenido mucho que ver en el retraso de los pueblos hispanoamericanos. La obra de Ayarragaray contempla cinco presupuestos básicos (citamos textualmente de Nouzeilles):

1. La existencia de un orden jerárquico de las razas humanas cuya forma más perfecta coincide, en general, con la raza caucásica.
2. La interpretación darwinista/spenceriana de la historia social entendida como la evolución paulatina de la humanidad en el marco de una lucha por la existencia que garantiza el predominio de los grupos raciales teóricamente más fuertes.
3. Una relación de continuidad entre lo biológico y lo moral según la cual toda diferencia racial conlleva distinciones naturales innatas.
4. La postulación de una “raza hispanoamericana” originaria, producto del mestizaje entre blancos (españoles) y grupos raciales inferiores (indios, negros), cuyo desequilibrio psicobiológico determina la identidad nacional/continental.
5. La atribución de los conflictos políticos hispanoamericanos a una enfermedad social que, siendo resultado de las taras del mestizaje y la herencia neuropática española, podría ser curada por medio de una nueva mezcla con especímenes de la raza caucásica y/o por medio de la educación. (Nouzeilles 201)

Es decir, solo el alejamiento de lo más propiamente “hispanico” o “español” y la mezcla con lo “caucásico” podría “levantar” la raza, la cultura y la civilización hispanoamericanas. En esta línea de investigación sobre la identidad, pe-

ro referida específicamente a la cultura cubana de principio de siglo, destaca la obra juvenil de Fernando Ortiz, muy diferente a la de los años cuarenta, cuando inventa el término “transculturación” para hablar de los aspectos positivos que tiene la mezcla de culturas, razas y psicologías, y pone el ejemplo del ajia-co, esa comida de Cuba y otros países del Caribe donde cabe de todo, y la mezcla da un resultado digno de los paladares más exigentes. En ensayos como *Contrapunteo cubano del azúcar y del tabaco*, utiliza además otros símiles para reseñar cuestiones identitarias, como las características cerradas y monolíticas del azúcar (el producto y su proceso de explotación) frente a la estructura polivalente y abierta del tabaco. Es precisamente la unión de esas dos facetas lo que define al cubano. Ahora bien, en los ensayos de principio de siglo, su teoría va adquiriendo paulatinamente contornos sucesivos en la indagación de la cubanidad, que poco tienen que ver con los textos de mitad de siglo. En sus primeros escritos, Ortiz afirma claramente que la raza blanca, española y no caucásica, influye en las clases bajas cubanas a través de ciertos vicios europeos que se agravan por las condiciones sociales del ambiente insular y que, además, la raza negra contribuye a reforzar esa circunstancia con sus supersticiones, su impulsividad y su particular psicología, desde la época anterior a la independencia. Esto aparece sobre todo en su colección de ensayos *Hampa cubana: los negros esclavos*, de 1916. En esa obra llega a proponer acciones concretas para evitar las supersticiones de las religiones afrocubanas (Castellanos 109).

En los escritos de las primeras décadas asegura que el problema de Cuba es el mismo que el de España: falta de civilización. Algo que se repite hasta la saciedad en los teóricos de la época. Por eso, en la obra de narradores del momento como Miguel de Carrión hay constantemente guiños irónicos acerca de la procedencia española de algunos personajes, a los que se considera vagos, inconscientes, hipócritas. Para el primer Ortiz la solución del problema es clara: hay que americanizar Cuba, como europeizar España. Porque no existe un dilema que enfrente lo latino y lo anglosajón, como pretendía Rodó, porque lo español no coincide con lo latino. Lo anglosajón tiene sus virtudes y lo latino también. Pero no hay que confundir lo hispano y lo latino, porque en este último concepto hay elementos de superioridad con respecto a lo hispano, como el sentido de modernidad de Francia o el humanismo de la cultura y la imaginación de Italia.

Para ahondar un poco más en el carácter de estas polémicas hemos de retrotraernos a la mitad del siglo XIX, cuando en Europa comenzó la ciencia a plantearse el problema de la degeneración de las razas, a raíz de la publicación

del libro *Tratado de las degeneraciones*, del alienista francés Morel. Partiendo de postulados filosóficos de Rousseau y Buffon, del concepto de herencia “disimilar” de Prosper Lucas y una concepción lamarckiana de la evolución de las especies desde las más simples a las mejor desarrolladas, Morel achacaba la continua degeneración de las razas humanas al conflicto creado a raíz del pecado original, que terminó con el hombre perfecto creado por Dios. En 1895, Magnan y Legrain introdujeron variantes en el concepto moreliano de degeneración al reflejar en su estudio la noción darwiniana de lucha por la vida y separarse de los aspectos teológicos de Morel. En España, las teorías de la degeneración comenzaron a defenderse en la década de los ochenta (Campos/Huertas 48). En 1881, el doctor Esquerdo pronunció la conferencia “Locos que no lo parecen”, defendiendo el concepto de degeneracionismo al explicar la enfermedad mental de Garayo, acusado de seis asesinatos con violación. Cinco años más tarde, durante el proceso al cura Galeote, acusado de asesinar al obispo de Madrid-Alcalá, el doctor Simarro, quien años más tarde trabaría amistad y trataría al paciente Juan Ramón Jiménez, definió al asesino Galeote como “degenerado”, describiendo sus estigmas físicos, psíquicos y la herencia recibida, concluyendo que padecía una locura hereditaria degenerativa (Campos/Huertas 50). A partir de los años noventa y durante las primeras décadas del siglo XX, los médicos españoles llenaron innumerables páginas describiendo los efectos de la degeneración de la raza y sus secuelas físicas, en relación con la criminalidad. Por ejemplo, en 1916, un trabajo de Sanchís Banús sobre los niños golfos presentaba una serie de fotografías de pequeños delincuentes, en quienes la apariencia física daba por sentada su condición perversa. Una niña de 13 años era definida como el prototipo de toda la maldad, y la argumentación fue la siguiente: “No sorprende porque su aspecto dice ya mucho al antropólogo observador, que sabrá fácilmente descubrir en ella los estigmas somáticos de la degeneración, cuyo conjunto constituye un tipo de raza inferior” (Sanchís Banús 111).

En la novela *Las impuras*, de Miguel de Carrión (1919), los personajes masculinos son frecuentemente ridiculizados por sus defectos, pero si ahondamos un poco en las notas comunes de ese elenco de mediocres y perversos, enseguida descubrimos un denominador común: su origen español. Tanto José Ignacio Trebijo como Don Rudesindo serán el reflejo de la hipocresía que caracterizaba a la decadente sociedad habanera de principios de siglo. El primero de ellos, hijo de padre español “materialista, a pesar de su fanatismo religioso, avaro y autoritario” (Carrión 1996, 23) y de madre cubana, “mujer

sentimental, delicada e ignorante, como casi todas las cubanas bien nacidas en aquella época” (Carrión 1996, 23), expulsará del hogar a su hermana Teresa, quien inmoralmente había decidido convertirse en la querida de un hombre casado. Este criollo es descrito por el amante de su hermana como un hombre que vive una vida feliz “más grueso y saludable que nunca. Y manteniendo todos los meses, con tu dinero, a una querida diferente” (Carrión 1996, 11). Dos años después de publicar *Las impuras*, Carrión reprodujo en *Cuba Contemporánea* el contenido de un discurso que había dado ante la Sociedad Económica de Amigos del País, acerca de “El desenvolvimiento social de Cuba en los últimos veinte años”. En él explicaba su opinión acerca de la génesis de la identidad cubana, desde la época de la colonia hasta la república. Y en una parte de ese discurso abundaba en los rasgos del cubano que han sido heredados de España. Entre ellos enumeraba:

Añadid unas gotas de sangre árabe al grupo de meridionales españoles que formó nuestro núcleo de origen, poned un poco de altanera indiferencia, de sensual olvido de las cosas serias, de melancólica alegría, de oriental imaginación [...], de individualismo arrogante y de risueña pereza en el molde; tripulad con aquellos hombres, y aun con lo peor de aquellos hombres las carabelas que cruzaron el Atlántico; hacedlos habitar después en comarcas poco pobladas y en pequeñas ciudades, viviendo primero del trabajo indígena y luego de los brazos del negro esclavo; permitid que se infiltre poco a poco en su espíritu el marasmo colonial, dejándolo sumido por siglos en la rutinaria explotación de sus plantaciones, y sin otro cambio que el ocasionado año tras año por la inmigración de los nuevos españoles; imaginad, más tarde, la simiente de la rebeldía germinando en el alma de una parte de esos colonos, poseedores, al principio, de la riqueza del país y arruinados después por la supresión de la trata, la abolición de la esclavitud y la subsiguiente transformación de la industria azucarera; llevadlos a la guerra civil [...] y seguidlos hasta el instante en que es menester crear un Estado y establecer las nuevas organizaciones. (Ares 153-54)

Un personaje que encarna muchos de los defectos de lo español, trasplantados a la isla, es, tanto en *Las honradas* como en *Las impuras*, Juan Jacobo Trebijo, padre de Teresa y José Ignacio, quien es descrito como un señor muy religioso para quien Dios fue “una especie de aliado todopoderoso, que legitimaba



la esclavitud del negro, enviando buenos rendimientos en el azúcar a los creyentes y surtiendo su lecho de frescas y apetitosas mulatas” (Carrión 1996, 25). Y la figura de su hijo, José Ignacio, sirve al autor para ilustrar la relación que existe entre la corrupción patente en la república y el pasado español en la isla: “José Ignacio hereda de su padre todas las cualidades negativas que Carrión atribuye a los españoles: es hipócrita, lascivo, avaro, pomposo y oportunista” (Ares 156). En esta misma categoría se enmarca asimismo el respetable español Don Rudesindo, que “pertenecía a la aristocracia del comercio habanero. Como casi todos los españoles enriquecidos en Cuba, era humilde de cuna, pero había ido refinándose paulatinamente” (Carrión 1996, 94). Este asturiano que “vivía orgulloso de su abolengo” (Carrión 1996, 11) presidía la Asociación de Padres de Familia para el Saneamiento de las Costumbres, aparentaba una moral intachable e incluso le prohibía a su hijo verse con mujeres impuras. Sin embargo, no tendrá reparos en ofrecer dinero a Teresa a cambio de una noche de amor. Por su parte, Angelín Sarmiento, el hijo mayor de Don Rudesindo, frecuentaba y mantenía a La Aviadora, mujer de dudosa reputación que burlonamente le había colocado el apodo de Pega-Pega, y con quien dormía de vez en cuando, si ella lo permitía, aunque cada amanecer tuviera que salir huyendo del nidito de amor, “temblando ante la reprimenda de su padre, que era muy severo en su casa” (Carrión 1996, 98).

De igual manera, el padre de Rogelio había sido otro de tantos españoles que “Robaba mucho en su empleo; pero tuvo la manía de la ostentación, tirando el dinero a manos llenas” (Carrión 1996, 53). El hijo del peninsular tendrá con su cuñado muchos puntos en común, pues ambos habían sido criados en un hogar feliz. En el caso de Rogelio, “el padre soltaba dinero a manos llenas; la madre, que era cubana, los besos y los mimos” (Carrión 1996, 11), y así se convierte en un ser sin principios ni entereza de carácter. José Ignacio, al igual que Rogelio, aunque como él venía de una “cuna de oro”, llevaba en su interior la “rigidez dura y seca, muy semejante a la del autor de sus días”. Existe, por tanto, una especie de “fatalismo geográfico” (Ares 157), muy acorde con los presupuestos del darwinismo social y del naturalismo literario, que se enreda con la circunstancia de lo español integrado en lo isleño. En un artículo que el autor publicó en 1907, titulado “Sin brújula”, el cubano fue muy claro a ese respecto:

La revolución de Cuba luchó al propio tiempo que contra España, contra una gran fatalidad geográfica –que diría un exaltado cursi– que pesa



ahora sobre nuestras espaldas más intolerablemente que nunca, y que para librarnos de ella sería necesario emplear toda esa energía que nos sobra en arrancar de sus cimientos a nuestra tierra y transportarla lejos [...]. Cuba es una convaleciente muy débil. (Carrión 1961)

La consecuencia inmediata del análisis social e identitario que hacen los escritores de la segunda década (Carrión, Loveira, Ramos, Castellanos, Carlos de Velasco) es la profusión de textos especulativos posteriores en Cuba sobre ciertos aspectos del carácter cubano. Los más relevantes son los de Jorge Mañach, en 1925 y 1928, centrados en el tema de la cultura y el sentido del humor. En el primero, *La crisis de la alta cultura en Cuba*, analiza los motivos por los que en la Isla no hay un sistema de educación ni un nivel cultural o intelectual como el de Francia o, incluso, el de los Estados Unidos, y afirma que hasta la mitad del siglo XIX hubo unas inquietudes intelectuales que entraron en franca decadencia a partir de 1868, y que en la época actual continúan en un nivel muy bajo. Hubo una época que denomina “especulativa”, en la que la alta cultura se desarrolló abundantemente, pero debido al proceso de independencia degeneró en ciertos vicios o carencias. Dice que, nada más instalarse la república, Cuba “se abandonó a una gozosa lasitud, a una disposición apoteósica, franca a todas las voluptuosidades, reacia a todos los rigores” (Mañach 1925, 17) y, de ese modo, “al desinterés siguió la codicia; a la disciplina, el desorden pugnaz; a la integridad de aspiración ideal, una diversificación infecunda; a la seriedad colectiva, el choteo erigido en rango típico de nuestra cubanidad” (Mañach 1925, 18). Defectos todos muy parecidos a los que los críticos de principio de siglo achacan a la sangre española. Cuando el ensayista indaga en las causas de esa decadencia, no duda en presentar como primera de ellas la peculiar idiosincrasia del cubano, “frívolo, actualista e imprevisor por hábito originado quizás en el aventurero atavismo colonial y en la próspera generosidad de la naturaleza” (Mañach 1925, 31). En el siguiente ensayo, *Indagación del choteo*, continúa en esa misma línea, centrándose en el sentido del humor del cubano, y califica al isleño como ligero e independiente, incapaz de tomar en serio lo que debería ser tratado con gravedad, con “una cierta jocosidad irónica y escéptica que muy bien pudiera ser el substratum de la gracia criolla, como lo es el de la gracia andaluza” (Mañach 1928, 58). Ninguno de los dos ensayos es pesimista, ni claramente degeneracionista, ya que incide en las capacidades naturales del cubano para mejorar su nivel cultural, su grado de educación y su seriedad ante los problemas importantes de la vi-

da, y además ofrece un nutrido conjunto de soluciones a los problemas del momento, pero sí es claro que, cuando se trata de reflejar los defectos del isleño, a menudo hay una referencia al atavismo colonial, procedente del carácter español, o a la falta de implicación del peninsular en el empeño por mejorar su condición.

José Antonio Ramos, por esas mismas fechas (1926), publica su novela *Coaybay* en la que, como en el *Manual del perfecto fulanista* antes citado, aparecen todos los vicios del cubano heredados de los españoles: prejuicios de clase, desprecio al trabajo manual, paternalismo despótico de la familia y el estado, el parasitismo de las clases altas, el falso e ingenuo idealismo, la mojigatería de la mujer y el donjuanismo de los hombres (Olguín 295). Concretamente, don Marcelo, descendiente de los primeros inmigrantes españoles, representa un pasado que se ha quedado obsoleto y es una rémora para el desarrollo de Coaybay (Cuba), incapaz de entender las “ideas raras” de su hijo Washington, quien se identifica con el país vecino, Norlandia (los Estados Unidos), y simboliza el amor al trabajo de la sociedad anglosajona, frente a la ociosidad hispánica (López 151).

Como puede observarse, el naturalismo en Cuba tuvo un largo recorrido desde los primeros años del siglo XX hasta, al menos, la tercera década de ese siglo. Hemos hablado sobre todo de los ensayos acerca del carácter cubano, la raza y el degeneracionismo, además de las obras de Carrión, pero una visión más completa de lo que supuso la influencia del cientificismo del XIX en la literatura cubana aparece con profundidad en la obra de Sintia Molina *El naturalismo en la novela cubana* (2001), en la que la autora se retrotrae incluso hasta la época del romanticismo para analizar la huella naturalista en Cuba. Opina que *Cecilia Valdés*, de Cirilo Villaverde, constituye un “primer embrión” del naturalismo, por la representación objetiva de las costumbres rurales y urbanas, por las relaciones socio-culturales y por los efectos de la economía azucarera en el sistema de trabajo (Molina 35). En cierta medida, los sentimientos se convierten en objetos de valor cuantificable y son considerados en el contexto de la abundancia: los individuos adquieren valor por lo que tienen y no por lo que son, y sus relaciones están mediatizadas por el poder que ejercen unos sobre otros (Molina 36). Ello tiene consecuencias en los lazos que se establecen entre los individuos por el criterio económico, que se asienta alrededor de la explotación del azúcar. Los excesos y el derroche impiden la armonía espiritual y material entre las clases sociales, que deja ver claramente la desigualdad social, la ausencia de felicidad y la caída de los indivi-

duos (Molina 37). Algo que se agudiza con la incorporación de maquinaria moderna en la explotación azucarera, que supone la reducción de mano de obra humana y las consiguientes desarticulaciones sociales, propias de la Revolución Industrial, con la progresiva deshumanización del trabajo. Pero la verdadera configuración del naturalismo cubano se produce a partir de los años ochenta del siglo XIX, con una literatura que denuncia no solo el presente de las fábricas y empresas sino el pasado colonial, la explotación, el sistema esclavista y la misma configuración identitaria del cubano, tan ligada al ámbito de lo español, con autores como Ramón Meza, con sus novelas *Carmela* (1886) y *Mi tío el empleado* (1887), en las que hay tanto una crítica al capital norteamericano que ha transformado los ingenios como a los españoles que llegaron a Cuba para conseguir grandes fortunas amparándose en las leyes abusivas generadas por el mismo estado español, como también se verá en el Julio Travieso de los años noventa del siglo XX. En el cambio de siglo encontramos a otro de los grandes naturalistas cubanos, Martín Morúa, con sus novelas *Sofía* (1891) y *La familia Unzuazu* (1901), donde aparecen todos los ingredientes naturalistas zolianos, como el espíritu científico y de observación, el determinismo del medio, las leyes de la herencia, la prostitución, los ambientes sórdidos, el abuso de poder de las clases altas y la imposibilidad de redención de los desprotegidos. Otras obras importantes de ese momento son *Memorias de Ricardo* (1893), de Manuel María Miranda, y *Leonela* (1893), de Nicolás Heredia. Y hay un autor relevante que conecta esta primera generación de naturalistas con los clásicos del siglo XX a los que ya hemos aludido (Carrión, Loveira, etc.), Emilio Bobadilla, con cuatro obras: *Novelas en germen* (1900), *A fuego lento* (1903), *En la noche dormida* (1913) y *En pos de la paz* (1917). Es particularmente importante este autor para el enfoque que estamos dando al estudio del naturalismo, ya que Bobadilla introduce “un mundo de enfermos –neuróticos, alcohólicos, histéricos, ridículos presumidos y otros– que, descritos hiperbólicamente, son reducidos al absurdo, a una deformación irónica de la especie” (Molina 80), que remite directamente a la degeneración en la que la raza “española” ha incurrido, y ha determinado a la isla sin posibilidad de redención.

A partir de la década de los treinta, después de que la generación de Miguel de Carrión recogiera el testigo de Bobadilla y su grupo, la obsesión por la identidad en el sentido que venimos estudiando pierde intensidad, porque los narradores e intelectuales cubanos están mucho más atentos a la evolución de la política interna, determinada por la consolidación de procesos revolu-

cionarios, el golpismo y la sucesión de dictaduras de diverso signo hasta el día de hoy. Es más, la mirada hacia España se centra desde entonces en los sucesos que desembocaron en la Segunda República y la posterior Guerra Civil. Con el advenimiento del régimen cubano que sigue vigente en la actualidad, la mayoría de los escritores optaron, en un principio, por resaltar los logros del proceso revolucionario, y el interés por la antigua metrópoli se diluyó en un océano de triunfalismo, es decir, de la neoconstrucción de una identidad nacional desde cero, con el único referente histórico de José Martí y las únicas cartas del antiimperialismo y el colectivismo de corte marxista. A partir de los años ochenta, ese monolitismo empieza a resquebrajarse, y en los noventa, el periodo especial aboca al escritor cubano a otra épica, consecuencia del desencanto y la miseria: la de la supervivencia, en obras como las de Leonardo Padura, Pedro Juan Gutiérrez, Senel Paz, Daína Chaviano o Luis Manuel García. En el caso de Gutiérrez, se puede hablar también de una cierta similitud con el naturalismo, aunque en un margen más estrecho, y sin reflexión sobre la identidad cubana y la historia. Gutiérrez estaría tan cerca del *dirty realism* norteamericano (Birkenmaier 38) como de la picaresca española (Birkenmaier 42) o del realismo del XIX, que suele tener rasgos naturalistas (Birkenmaier 38 y 42), como por ejemplo la importancia que cobran los seres marginados (Birkenmaier 38), o la constante animalización de los personajes de sus obras, ya que Gutiérrez presenta “a world of vulgarity and sheer necessity in which the animality of man is foregrounded” (Ferrara 26). Desde luego, muy poco tiene que ver con la actitud científica del naturalismo, porque se trata más bien de una tradición “realista”, que se ocupa de lo que el escritor tiene delante de sí, como el mismo Gutiérrez ha aclarado: “Yo vivo en Centro Habana, no vivo en Tokio o en Berlín. ¿De qué voy a escribir entonces? Esa es mi realidad” (Birkenmaier 37).

De ese modo, como ya hemos anunciado, llama la atención en ese contexto una novela como *El polvo y el oro*, que no se apunta a ninguna moda: ni es breve, ni trata el tema del hambre o la sordidez, ni hace gala del lenguaje coloquial o incluso soez, sino que maneja un artefacto propio del *boom* de los sesenta: se trata de una gran construcción narrativa con muchos planos, voces narrativas, estilos, con ambición totalizadora y abundancia de escenas donde aparece lo real maravilloso, de tema histórico de largo calado y ausente de épicas o catastrofismos oportunistas, con el telón de fondo de la historia de la saga de los Valle, desde finales del siglo XVIII hasta los años sesenta del siglo XX, aquellos gaditanos radicados en la isla para extraer beneficios de los ingenios

azucareros. Si tuviéramos que ponerla en relación con alguna novela cubana del mismo tiempo casi no encontraríamos ejemplos. Quizá el más cercano es el de Reinaldo Arenas, quien, muy poco antes de morir, terminó de redactar, con cierta prisa, *El color del verano*, otra gran construcción narrativa, ausente de oportunismo, original en su estructura, ambiciosa por su calado, que no dejaba sin tratar ninguno de los temas identitarios a los que los autores del XIX y de principio del XX se habían referido. La única diferencia entre las dos novelas es el tono: mientras Travieso construye una historia entera, con sus *flashback* y sus diferentes puntos de vistas y tipos de narradores, de carácter grave, en la obra de Arenas hay una sola voz, absolutamente irónica, escéptica y hasta sarcástica: la del exiliado que odia a Fidel Castro y lo coloca en la cúspide de un cúmulo de desgracias que han acaecido a los cubanos desde la llegada de los españoles a la isla. Las declaraciones más decisivas a este respecto son aquellas que nutren los capítulos titulados “La historia”. En ellos, Arenas atiende directamente a la identidad cubana, desde el punto de vista de la historia y de la idiosincrasia, y anota párrafos tan impactantes como el siguiente:

Esta es la historia de una isla atrapada en una tradición siniestra, víctima de todas las calamidades políticas, de todos los chantajes, de todos los sobornos, de todos los discursos grandilocuentes, de las falsas promesas y el hambre sin tregua. Esta es la historia de una isla sometida al desgaste de la estafa, al estruendo de la fanfarria, de la violencia y del crimen durante quinientos años. Esta es la historia de un pueblo que vivió siempre para las grandes ilusiones y padeció siempre los más siniestros engaños. Un pueblo que tuvo que aprender a mentir para sobrevivir, un pueblo que tuvo que aprender a humillarse y a traicionarse y a traicionar para sobrevivir [...]. Esta es la historia de una isla que nunca tuvo paz, que fue descubierta por un grupo de delincuentes, de aventureros, de ex presidiarios y asesinos, y que fue colonizada por un grupo de delincuentes y asesinos, y que fue gobernada por un grupo de delincuentes y asesinos y que finalmente (a causa de tantos delincuentes y asesinos) pasó a manos de Fifo, el delincuente supremo, el sùmmum de nuestra más grandiosa tradición asesina. (Arenas 176)<sup>3</sup>

Y a continuación, Arenas hace una síntesis de lo que fue Cuba desde la llegada de Colón al Caribe, descripción que concuerda bastante con la que Carrión hiciera en 1921, en *Cuba Contemporánea*, del pasado colonial español y

que hemos citado anteriormente. Es precisamente en este contexto en el que aparecen, tanto en la obra de Arenas como en la de Travieso, los mismos argumentos identitarios que los de los intelectuales y narradores de las primeras décadas de la república. En este sentido, las dos obras pueden relacionarse asimismo con las últimas tendencias de la “nueva novela histórica” o novela posmoderna (Aínsa 75-113; Gálvez 173-75; Perkowska-Álvarez 19-44; Grützmacher 143-51), que tienen que ver con la desmitificación de las historias oficiales, la inclusión del humor o la parodia, la metaficción, la abolición de la distancia épica, las dudas constantes frente a la supuesta verdad histórica, la ambigüedad, etc. En *El polvo y el oro* hay constantes reflexiones, que el autor hace a través de los múltiples narradores o de los monólogos interiores de los mismos personajes, sobre las consecuencias de la mezcla entre lo peninsular y el mundo del Caribe. Francisco Valle, el andaluz que emigró a América, habla en un momento dado con su hijo Modesto, que ya ha muerto, y trata de justificar su modo de ser y sus actuaciones deshonestas:

No creas, Modesto, lo que de mí dicen quienes me odian y calumnian. No creas las mentiras de tu madre, de Fernando, Clemente o cualquier otro familiar. Tampoco prestes oído al rumor sordo de la calle, donde mi nombre es enlodado por aquellos que no tuvieron valor para alzarse frente a mí. Bien sé que me imputan egoísmo, altanería, brutalidad. Nada es cierto y cuanto hice fue solo por vuestro bien, por el bien de la familia, para convertirla en una de las más poderosas y admiradas del país. Sí, a veces fui duro, pero pensando en vosotros. Bien sabe Dios que las mujeres fueron mi único pecado y lo cometí, primero, porque tuve una esposa inadecuada, inútil para calmar las fogosidades de hombre joven y robusto, y después porque me aficioné al brebaje que me preparó el esclavo Juan. (Travieso 181)

No es banal el comentario de Francisco. Sus actividades en la isla eran bien conocidas, y las riquezas que había granjeado muy envidiadas. Al mismo tiempo, todos sabían que el estatus adquirido tenía muy poco que ver con la honradez y el trabajo, y mucho con el trapicheo, la picaresca –tan típicamente española–, la corrupción, la mentira, el engaño y toda clase de malas artes. Tanto es así que el mismo capitán general de la isla, el también español Francisco Dionisio Vives,<sup>4</sup> le guardaba cierto aprecio, ya que le recordaba a su propia manera de ser y al camino que él mismo había seguido, desde que inició su ca-

rrera militar hasta llegar a ser el hombre más poderoso de Cuba:

“Hombre hábil este Francisco Valle”, meditó el capitán general. Esa era la gente que triunfaba, que le agradaba, inteligentes, prácticos y astutos, como él mismo. La vida era un gran juego en el cual solo los más prácticos, los astutos se imponían. Astucia para conseguir lo deseado, para elevarse de una posición oscura y encumbrarse, para navegar en las azarosas aguas de la política, para servir lealmente a un rey, empecinado y vengativo y, al mismo tiempo, no dejarse manipular como un títere. (Travieso 142)

Y acto seguido, el capitán general compara las “virtudes” políticas de Valle con las suyas propias, para autoanalizarse y recorrer las etapas de su vida y su profesión que tanto le gusta poner de manifiesto. El narrador heterodiegético entra en la mente del militar y narra lo que estaría pasando por la mente del general, que probablemente mostraría una sonrisa de autocomplacencia al escucharse a sí mismo en este tipo de razonamientos:

Astucia para gobernar un país como Cuba, de gente bárbara, con más negros que blancos, habilidad para decir sí y hacer no, para pronunciar no y luego aprobar el sí, para mostrarse ultraespañol, ultramonárquico, partidario de las medidas más duras y represivas, tan gustadas por Fernando VII, y enseguida favorecer a los ricos cubanos, no por amistad hacia ellos, sino por la propia conveniencia del reino, del rey y, sobre todo, de sí mismo. (Travieso 142)

En general, la mala fama de los españoles en Cuba era un lugar común a comienzos del siglo XIX. No era ya una cuestión política, la necesidad de culminar un proceso de independencia que en el continente estaba concluyendo, el rechazo natural de toda población invadida frente al dominador, sino más bien una fobia a ciertos elementos identitarios del español que la sociedad cubana, ya criolla, ya esclava, aborrecía, porque constituían una serie de padecimientos cotidianos que los insulares soportaban a duras penas. Francisco se casó con una cubana a la que llamaba “esposa inadecuada”, lo que significa que la mezcla entre el español y el criollo no es tan armónica como el romanticismo decimonónico o las reflexiones de Lezama en su introducción a la antología de la poesía cubana nos han hecho creer. Si bien es cierto que en la isla queda todavía un poso español muy positivo, y la imagen popular del pe-



ninsular es mucho más atractiva que la que proyectan mexicanos, peruanos o chilenos, gracias a las constantes relaciones entre españoles y cubanos, derivadas de las migraciones contemporáneas, también es una realidad que la imagen histórica del español en Cuba ha arrastrado una serie de lacras, que llegan hasta nuestros días. En *El polvo y el oro* se recorren todas las etapas, desde los comienzos del XIX hasta los años sesenta del siglo XX. Por ejemplo, Javier, el último miembro de la saga, fusilado por Fidel Castro, reflexiona, al leer una carta de Frasco, un antepasado del siglo XIX, nieto de Francisco: “No, no hemos decaído, aunque Marcelo sea un tarambana, Antonio un alcohólico. Tú te encargarás de mantener por siempre el lustre familiar, le dices sin palabras a la carta de tu antepasado” (Travieso 357). En otro pasaje, el mismo personaje reconoce: “Así que Dolores Fernanda fue epiléptica, te dices al leer cartas donde se habla de sus primeros ataques, porque, no cabe duda, aquellos síntomas eran los de la epilepsia. Qué familia esta, piensas con desconsuelo, locos, putas, epilépticos” (Travieso 359).

Curiosamente, estas reflexiones sobre la decadencia de la familia, están directamente relacionadas con un libro que Javier cita, *La decadencia de occidente*, el libro de Spengler de 1918, que entronca directamente con los textos del naturalismo, el darwinismo social y el degeneracionismo que hemos citado anteriormente, ya que se trata de la misma época histórica. Spengler, que criticaba el determinismo de la ciencia darwinista, tachándolo de mezquino, grosero y mecánico (Spengler 91), consideraba que la raza guardaba más relación con los aspectos geográficos que con los físicos. Es decir, la raza la constituirían los individuos que viven juntos en un mismo lugar, aunque sus procedencias fueran distintas, y que se sienten miembros de una comunidad solidaria, que posee una conciencia de destino o quehacer unitario. Si desaparece el proyecto o la vecindad, la raza tiende a disiparse. Javier Valle, que conoce a fondo las cartas, historias y documentos de toda la familia, desde aquel primer Francisco que llegó desde Cádiz en busca de la aventura y las riquezas, es consciente de que la degeneración de su estirpe es un hecho constatable, porque nunca se ha podido hablar de una intención común que pudiera aunar el sentido de la dinastía. Uno de los miembros más díscolos del clan, Gabriel, hijo de Frasco, que vive la época turbulenta entre los siglos XIX y XX, es quizá el ejemplo más claro de esa ausencia de armonía. Es liberal y, en contra de muchos Valle, desea la independencia de Cuba. Es, además, homosexual y de fino espíritu, sensible, nada identificado con el machismo y el carácter promiscuo de la mayoría de los Valle. Además, reniega de la mayoría de las tradicio-



nes de su familia y de otras sagas españolas que han regado la isla de indeseables. Por eso exclama: “Oscura sociedad esta, de patanes, rufianes y funcionarios del gobierno. Pueblo inculto e imbecil, sin refinamiento, desconocedor de los verdaderos placeres del espíritu, que se contenta con juegos, bebidas y mujeres” (Travieso 428). La crítica al apellido es también la desautorización de lo que los españoles están haciendo en la isla desde hace siglos. En cierta medida nos recuerda al Martí poeta, hijo de españoles y radicalmente enfrentado al españolismo político de su tiempo, y a los vicios que los españoles habían regado por la isla.

También el narrador heterodiegético, cuando recupera la omnisciencia, se adentra en la mente de algún personaje y desnuda su pensamiento. Por ejemplo, cuando Batista sospecha, pocos días antes de que termine 1958, que la ofensiva de los barbudos puede generar algún éxito, el narrador nos acerca a los pensamientos del dictador, con un discurso muy parecido al de los personajes anteriores del siglo XIX: “Debía reconocer, pensó, que gobernaba una nación de imbeciles y vagos, jugadores y rumberos, en la cual alborotaban unos cuantos ilusos equivocados, como los estudiantes universitarios y el loco de Fidel Castro” (Travieso 533). En la mente de Batista funciona inconscientemente la idea de que los españoles son incapaces y tarados, mientras que los franceses siempre han destacado por su inteligencia y su finura, lo que nuevamente nos devuelve a los textos que hemos citado de los pensadores de principio de siglo. Batista, después de esa reflexión, se sienta en su gran butaca y acaricia la cabeza de yeso de Napoleón Bonaparte que siempre ha conservado en la mesa de su despacho. La admiración por el gobernante galo es inversamente proporcional a la sensación de ridículo e impotencia que le sugiere la figura del revolucionario Castro quien, por cierto, es hijo de gallego. Continúa el narrador heterodiegético, combinando sus propias reflexiones con las del dictador:

Napoleón. Un verdadero hombre, un genio, un estratega sin par. Su admiración por el corso no tenía límites y por eso pagó gustoso los miles de pesos que le pidieron por dos pistolas suyas. Un hombre surgido de la pobreza, del anonimato y que, como él, por su valor y su astucia, llegó a la cúspide. “Tú sí supiste conducir magistralmente las operaciones militares”, le dijo Batista al busto de Napoleón y nuevamente le vino a la mente la imagen de Fidel Castro. “Un incapaz”, el general recordó los hechos del 26 de julio de 1953. (Travieso 533)

La preocupación de Travieso por la historia y, desde ella, por la identidad cubana erige a esta obra como un verdadero monumento literario de los noventa, frente a las pequeñas historias de la mayoría de los autores del periodo especial. La crítica de muchos narradores a la situación del país en los noventa, mediante la imagen del hombre concreto, pobre y desilusionado, no tiene generalmente la profundidad de *El polvo y el oro*, novela en la que, aunque solo llegue históricamente a los comienzos del periodo revolucionario, ya se puede intuir cuál va a ser el resultado de la revolución, no tanto por el cariz que estaban tomando los hechos, sino por la misma constitución identitaria de sus habitantes. Un texto que se puede leer en clave realista (naturalismo zoliano de principio del siglo XX), en clave mágico-realista (mitos y costumbres ancestrales de cubanos blancos y negros, con un contenido espiritual que flanquea las fronteras entre mundo y trasmundo) y como novela total, que trata de explicar un mundo completo, cerrado, complejo, a través no solo de la historia sino también de un elenco de personajes que describen una sociedad entera.

## Notas

1. La familia Valle, de origen español, existió realmente en Cuba. Evidentemente, muchos de los hechos que ocurren a sus miembros han sido totalmente fantaseados o inventados por Julio Travieso quien, por otro lado, investigó durante mucho tiempo el recorrido de los Valle por la isla, a la vez que ponía sus aventuras en relación con la historia de los grandes sucesos en la Cuba de los siglos XIX y XX.
2. En la novela de Travieso se diferencian claramente dos tipos de narradores: los blancos, españoles o criollos, que aparecen con letra redonda, y los negros, esclavos o sus descendientes, diferenciados de los anteriores por la letra cursiva. Cuando narra uno omnisciente o heterodiegético, Travieso suele utilizar igualmente la cursiva. En esta cita y en la siguiente hemos respetado la decisión del autor al respecto.
3. En la Cuba actual, “Fifo” es el apodo con el que se conoce a Fidel Castro en los ambientes anticastristas. Es un término que todo cubano conoce y usa en confianza, pero que no se puede trasladar a la vida social dentro de la isla, por motivos de censura.
4. Francisco Dionisio Vives y Planes (1755-1840) fue realmente capitán general de la isla de Cuba de 1823 a 1832. Nombrado por Fernando VII en

su última etapa como rey, fue un gobernante muy enérgico. Terminó con las sediciones de los “Soles y Rayos de Bolívar”, y del “Águila Negra”. Favoreció la explotación azucarera en beneficio de los españoles emigrados, como los Valle, y liberalizó el comercio exterior.

## Obras citadas

- Aínsa, Fernando. *Reescribir el pasado*. Mérida: CELARG, 2003.
- Arenas, Reinaldo. *El color del verano*. Barcelona: Tusquets, 1999.
- Ares, Mercedes. *Constantes temáticas en la obra novelística de Miguel de Carrión y Carlos Loveira*. Miami: University of Miami, 1995. Tesis doctoral inédita.
- Birkenmaier, Anke. “Más allá del realismo sucio: *El rey de La Habana*, de Pedro Juan Gutiérrez”. *Cuban Studies* 32 (2001): 37-54.
- Bunge, Carlos Octavio. *Nuestra América: ensayo de psicología social*. Prólogo José Ingenieros. Buenos Aires: Vaccaro, 1918.
- Campos, Ricardo, y Rafael Huertas. “Degeneración biológica y decadencia social en España: datos para un imaginario patrio”. *Imágenes e imaginarios nacionales en el ultramar español*. Eds. Consuelo Naranjo Orovio y Carlos Serrano. Madrid: CSIC-Casa de Velázquez, 1999. 47-66.
- Carrión, Miguel de. “Sin brújula”. *Cuba en la UNESCO: homenaje a Miguel de Carrión*. La Habana: Comisión Nacional Cubana de la UNESCO, 1961. Sin paginación.
- Carrión, Miguel de. *Las impuras*. 1919. La Habana: Letras Cubanas, 1996.
- Castellanos, Jorge. *Pioneros de la etnografía afrocubana*. Miami: Universal, 2003.
- Esteban, Ángel, y Ana Gallego. *De Gabo a Mario: la estirpe del boom*. Madrid: Espasa-Calpe, 2009.
- Ferrara, Guillermina de. “Aesthetics under siege: dirty realism and Pedro Juan Gutiérrez’s *Trilogía sucia de La Habana*”. *Arizona Journal of Hispanic Cultural Studies* 7 (2003): 23-44.
- Gálvez, Marina. “Los modelos de la novela histórica: de la ‘verdad’ de la historia a la historia como ficción”. *América: cahiers du CRICCAL*. París: Sorbonne Nouvelle, 2006. 167-75.
- Grützmacher, Lukasz. “Las trampas del concepto ‘la nueva novela histórica’ y de la retórica de la *historia postoficial*”. *Acta poética* 27.1 (2006): 141-67.
- Guiral Moreno, Mario. “Aspectos censurables del carácter cubano”. *Cuba Contemporánea* 4 (1914): 120-26.

- Ibarra, Jorge. "La sociedad cubana en las tres primeras décadas del siglo XX". *La Neocolonia: organización y crisis, desde 1899 hasta 1940*. La Habana: Editorial Política, 1998. 142-93.
- López, Magdalena. "José Antonio Ramos y las ambivalencias del discurso nacionalista". *Latin American Research Review* 46.2 (2011): 128-53.
- Mañach, Jorge. *La crisis de la alta cultura en Cuba*. La Habana: Imprenta La Universal, 1925.
- Mañach, Jorge. *Indagación del choteo*. La Habana: Revista de Avance, 1928.
- Molina, Sintia. *El naturalismo en la novela cubana*. Lanham: University Press of America, 2001.
- Nouzeilles, Gabriela. *Ficciones somáticas: naturalismo, nacionalismo y políticas médicas del cuerpo (Argentina 1880-1910)*. Rosario: Beatriz Viterbo Editora, 2000.
- Olguín, Manuel. "La filosofía de José Antonio Ramos y su afinidad con la del pueblo y los pensadores de los Estados Unidos". *Revista Iberoamericana* 12 (1947): 291-99.
- Perkowska-Álvarez, Magdalena. *Historias híbridas: la nueva novela histórica latinoamericana (1985-2000) ante las teorías posmodernas de la historia*. Madrid: Vervuert, 2008.
- Rojas, Rafael. *Essays in Cuban Intellectual History*. New York: Palgrave Macmillan, 2008.
- Sanchís Banús, José. *Estudio médico-social del niño golfo*. Madrid: Excelsior, 1916.
- Skármeta, Antonio. "Al fin y al cabo, es su propia vida la cosa más cercana que cada escritor tiene para echar mano". *Texto crítico* 7.22-23 (1981): 72-89.
- Spengler, Oswald. *La decadencia de occidente*. 1918. Buenos Aires: La Editorial Virtual, 2006.
- Travieso, Julio. *El polvo y el oro*. 1993. Barcelona: Galaxia Gutenberg, 1999.